

“REBELDES, PRESIDENTES Y CABALLEROS”
(EXTRACTADO DEL “DIE WELT” DE HAMBURGO)

NICARAGUA VISTA POR UN ALEMAN

PETER GRUBBE

Mientras El Salvador pertenece a catorce, o cuarenta, o hasta sesenta familias, Nicaragua pertenece a una sola: los Somoza. No sólo en el sentido financiero, sino que ellos son también los que gobiernan, personalmente, directamente, como una propiedad, desde hace veinticuatro años, casi un cuarto de siglo.

En superficie, Nicaragua es el país más grande de los cinco países de Centro América, más grande que Checoslovaquia, más grande que Grecia, pero sobre sus cientocuarenta mil kilómetros cuadrados vive apenas un millón y medio de habitantes o sea menos que en Hamburgo. Solamente una franja a lo largo de la costa del Pacífico está verdaderamente poblado. En dirección al Atlántica se extienden inmensas selvas vírgenes y ningún arado o hacha interrumpe el crepuscular medio-sueño de estas selvas.

Hace décadas existían en la Costa Atlántica grandes plantaciones de bananos, pero las enfermedades acabaron con ellas y desde entonces los campos están yermos y esperan al hombre. La distancia entre el Atlántico y el Pacífico, en el punto más estrecho del país, es apenas de 250 kilómetros. Esta es la razón por la que, por mucho tiempo, se jugó con la idea de construir el Canal por el Istmo, no de Panamá, sino de Nicaragua, porque el terreno es llano. Sin embargo, Nicaragua tiene volcanes y existía el temor de los terremotos. Eso usaron los adversarios del plan a favor de Nicaragua y como resultado final el Canal se construyó en Panamá.

Hasta hoy día, Nicaragua no tiene línea férrea ni carretera que conecte sus dos costas. El dinero para la construcción de una carretera ya fue dado por lo menos dos veces por el Gobierno de los Estados Unidos, pero cada vez se hizo humo, sin dejar ni rastro, como el agua que desaparece en las arenas del desierto. Pero a nadie sorprende eso en Latinoamérica.

El que arriba a Managua, la Capital del país, inmediatamente puede ver quien es el que manda aquí. Managua está situada en un valle. En las calles se evapora el calor y hasta más allá de la noche los muros de las casas están calientes a causa del inmenso calor del día. Sólo en la loma a la orilla de la ciudad hay aire fresco porque sopla una brisa y es aquí donde vive Luis Somoza, el Presidente, y Anastasio Somoza, el General y es también aquí donde está situada la Embajada de los Estados Unidos. Como los fuertes de una fortaleza se levantan estos tres palacios sobre la ciudad que está hirviendo bajo el sol del mediodía. Soldados con fusiles, listos a disparar, están vigilando las entradas. Desde un cuarto de siglo la Familia Somoza gobierna a Nicaragua con un ejército y una policía de más o menos 5 mil hombres, con un muy bien organizado servicio de soplones y con detenciones y acciones policíacas, y con la ayuda americana. El antecesor del Presidente asesinado fue electo a la Presidencia hace veintinueve años bajo la protección de tropas americanas y desde entonces los EE. UU. son la fuerza protectora de Nicaragua y de su régimen. Los oficiales del ejército que protegen al Presidente fueron adiestrados en West Point y en Panamá. Un hilo telefónico directo conecta la Casa Presidencial y el Palacio del Jefe Director con la Embajada Americana. El día en que yo llegué el Embajador Americano saliente recibía en una ceremonia como signo de la amistad íntima del país con los EE. UU., el título de Ciudadano Honorario de la Capital. Pero los tronos de los Presidentes de Latinoamérica están tambaleando. Nicaragua vive desde hace dos décadas bajo una dictadura, pero el tiempo de los dictadores está llegando a su fin, me aseguró en Honduras un joven profesor de la Universidad con una risa maliciosa. Batista cayó. Pérez Jiménez desapareció. Perón tuvo que salir de su país, y los Somozas también tienen que ir el mismo camino uno de estos días. Será correcto este pronóstico? Algunas cosas parecen confirmarlo.

Según la Constitución del país después de su período de Gobierno, ni el Presidente, ni ninguno de sus familiares cercanos, pueden ser electos como sucesor. Eso no sólo excluye a Luis Somoza sino también a su hermano de las elecciones en 1963. Esto podría por de pronto ser el fin del régimen de los Somozas en Nicaragua. Luis Somoza ha declarado eso oficialmente, pero, aceptará Tachito esta decisión? A él obedecen los soldados y en sus manos está el verdadero poder. Se someterá a su hermano, o, como su padre lo hizo, tratará de cambiar la Constitución? Será capaz en último caso de continuar el régimen de los Somozas, con un golpe militar aun contra de su propio hermano? Muchas personas en Nicaragua se preguntan eso en estos días porque muchas cosas indican que el General no está dispuesto a renunciar al poder y de su decisión depende si Nicaragua continúa su camino a la democracia que apenas ha comenzado a pisar cuidadosamente o si se quedará bajo una dictadura la cual la conduciría a la larga, a un aislamiento.

SOMOZA EL PRESIDENTE

La Casa Presidencial encima de la loma está alumbrada, pero en las sombras de los portales vigilan guardias con sus armas listas para disparar. Sin embargo, todo está pacífico en Nicaragua y existe una calma completa, pero cualquier día puede explotar una bomba, porque el país vive bajo una dictadura y el régimen tiene muchos enemigos en Cuba, así como en su propio país, y por eso los Somozas están alerta, porque ellos no quieren que les sorprendan.

El Presidente toma un cigarrillo de una caja de madera que tiene sobre la mesa. Luis Somoza es un hombre galán, todavía joven, de 37 años, alto, con hombros anchos. No tiene facciones finas o aristocráticas, sino más bien facciones un poco burdas, pero tiene una frente alta bajo el cabello negro flojamente peinado para atrás y tiene ojos pensativos, un poco demasiado melancólicos para su edad. Tiene el evidente principio de una papada como consecuencia de una vida demasiado buena.

Sin embargo uno se olvida de la tosquedad de su figura, cuando uno conversa con él. El hombre que parece ser el hijo mimado de un gran "nuevo-rico" terrateniente español y cuyo nombre, para millones de personas en Latinoamérica, casi es un símbolo de "dictador", este mismo hombre es una persona que ha pensado mucho y una conversación con él casi se parece a una con un cateórico. El está jugando con su bracelete de oro que tiene en su muñeca y me dice:

"Diecinueve veces Castro nos mandó hombres que entraron al país por Honduras para poner en escena una revolución. La franja fronteriza entre nuestros dos países es por una ex-

tensión de muchos kilómetros plena selva virgen y por eso incontrolable. Sin embargo, en todos los casos a los catorce días les hemos descubierto y hemos podido aniquilarlos. En sus labios se puede ver una leve risa como de un buen jugador de ajedrez que piensa en una magnífica jugada. El no es militar como era su padre, tampoco es político por gusto. Su profesión es la de ingeniero, y de vez en cuando tiene ideas socialistas. Su padre una vez lo llamó "el Rojo de la Familia" en tono de burla. Por eso por mucho tiempo Washington lo observó con desconfianza.

Dos veces en 1959 y 1960 grupos de conservadores, hijos de padres ricos y estudiantes han tratado de botarlo por medio de levantamientos a mano armada. La cara redonda y compacta del Presidente se pone seria y dice: "Los muchachos que pelearon eran Conservadores, eso es correcto, pero los que estaban atrás de ellos, los que habían organizado el levantamiento, eran comunistas jefeados por Ché Guevara, la mano derecha de Castro. Era su intención hacer fracasar el golpe conservador y su plan consistía en que nosotros los capturáramos y fusiláramos y debo decir que ese plan no era nada tonto. Imagínese Ud!, doscientos hijos de las mejores familias del país fusilados! Ningún Somoza hubiera sobrevivido eso! Los padres de estos muchachos se hubieran aliado con cualquiera para vengar a sus hijos, y eso incluye a los comunistas, lo cual era el plan de estos últimos". El apaga su cigarrillo en el cenicero y continúa: "Pero nosotros conocimos ese plan y teníamos el nombre de cada uno de los revoltosos mucho tiempo antes que la cosa comenzara. Nuestro servicio de inteligencia está muy bien informado y naturalmente no hemos fusilado a estos muchachos sino los hemos condenado a penas de prisión, y tres semanas después he dado una amnistía para ellos. Hace una pequeña pausa, mueve la cabeza y sigue: "De todos modos nunca los hubiera fusilado, porque eran nada más que niños iguales a estos que todavía están en prisión por los sucesos del último levantamiento —muchachos exitados y tontos— sería imposible fusilar a tales muchachos".

La oposición en Nicaragua no está a la izquierda, como es el caso en los otros países de Centro América, sino a la derecha. La oposición oficial se encuentra a la derecha porque los Somozas son Liberales y sus adversarios en la política interna son los Conservadores.

Estamos sentados en el gran cuarto de trabajo del Presidente. Por la puerta del balcón la vista va sobre los techos de la ciudad pero esta puerta está herméticamente cerrada porque sobre esos techos trabaja el calor del sol y dentro de este cuarto trabaja silenciosamente un aparato moderno de aire acondicionado. Al otro lado del cuarto, delante la puerta del balcón hay un soldado, tiene una pistola al cinto. Cuando durante la conversación el soldado sale por unos diez minutos, otro soldado toma su lugar. Delante de la puerta hay dos soldados que también llevan pistolas pesadas y en frente a cada entrada de palacio hay dos centinelas con rifles automáticos.

En Nicaragua existe una plena dictadura bajo los Somoza; no hay libertad y voluntariamente ellos nunca dejarían el poder. Estas declaraciones oí una y otra vez durante mi viaje, en México, en El Salvador, ya de boca de personas imparciales, ya de diplomáticos occidentales. Muchas cosas que yo he visto parecen confirmar esta tesis. Seguirá Luis Somoza en las huellas de su padre y tratará de mantener su puesto aun después del fin de su período en 1963? El mueve la cabeza negativamente y dice: "—Mi padre fue asesinado porque, contrario a nuestra Constitución, trató de reelegirse. Nosotros hemos gobernado este país desde hace demasiado tiempo. Ahora otras personas tienen que hacerse cargo de este trabajo". Sin pensar extiende sus brazos y dice: "—Por fin quiero hacer lo que aprendí. —Soy ingeniero—. Yo quiero trabajar nuestras haciendas, nuestras fábricas y nuestras otras propiedades—. Hay tanto que hacer allí. Su cara se torna joven, llena de vida, uno puede decir, casi feliz, cuando dice esas palabras. Con todo y eso que me habían contado y todo lo que había visto yo mismo de la dictadura en Nicaragua, creo lo que me ha dicho el Presidente.

SOMOZA EL GENERAL

"Nosotros, los Somozas, hemos estado gobernando demasiado tiempo. Eso pone bravo a los señores de la oposición pero el país ha ganado y la gente vive bien bajo los Somozas". El General se ríe, una risa pícaro y ufano, sólo sus ojos no ríen, sino que están observando detenidamente el efecto de sus palabras. Ellos acechan como los ojos de una fiera que está aguardando en la sombra Anastasio Somoza, a quien los Nicaragüenses llaman "Tachito" lo cual significa "pequeño Tacho" tiene 35 años, dos menos que su hermano. El es militar profesional, educado en West Point. Lleva un uniforme bien hecho, con estrellas doradas sobre las charreteras. En su oficina hay una vitrina llena de medallas y sobre el escritorio un cenicero en la forma de un revólver COLT. Sin duda el regalo de propaganda de una compañía que ha ganado mucho dinero con sus "productos" en Nicaragua. Hecho de porcelana pero tan bien imitado que al primer momento me asusta cuando lo veo frente a mí. El General se ríe cuando se da cuenta de mi susto. Le gusta reírse, pero su risa tiene un tono escondido peligroso.

Mi cita con el General estaba fijada para el mediodía. Cuando yo subí en taxi el camino al castillo blanco encima de la colina, dos veces me paran. Primeramente, una cadena de hierro cierra el camino y al lado de una torre de hierro con asperillas, soldados con rifles listos para disparar guardan la subida. Dos minutos más tarde se repite la misma escena, otra vez nos paran y sólo podemos seguir nuestro camino después de una llamada telefónica con la Residencia del General. Una carta que enseño y en la cual se me invita para venir no tiene ningún valor, los soldados ni siquiera la ven, aparentemente no saben leer. Dos terceras partes de la población de Nicaragua

son analfabetos y el General trae de preferencia los soldados de su batallón de vigilancia de los pueblos más remotos donde no hay escuelas. Hombres que no saben leer son más seguros y son menos susceptibles a la propaganda comunista. Si para las once y media de la mañana estaba fijada mi cita con el General, a las cuatro de la tarde finalmente me conducen a su oficina. Por un período de cuatro horas tenía que esperar en la abierta sala de la Residencia entre soldados con armas listas para disparar, oficiales a los cuales las pesadas pistolas a su lado golpean sus propias piernas, entre mujeres con niños en sus brazos y hombres viejos que andan descalzos, entre un inválido con una pierna menos y una muchacha que tiene un gran parche sobre un ojo. De vez en cuando sale de la antecámara el secretario del General en su traje blanco que mas bien parece una pijama y saluda a una de las mujeres que están esperando y me asegura, como consuelo, que ya solamente faltará un "momentito" y después, desaparece otra vez. Todo eso parece ser una escena de una obra de teatro. Con todo, cada uno se porta como si se encontrara en su propia casa. La gente está charlando sentada en las gradas de la escalera, o durmiendo en una de las pocas sillas que hay. Nadie se mueve de puntillas, nadie muestra respeto. Porque cualquier ciudadano en Nicaragua tiene el derecho de ir a ver a su Presidente, cuando quiera para exponer sus deseos. Eso es una parte de esta extraña dictadura. También el General está a la disposición de todo el mundo, a cualquier hora del día. Así él mismo lo dice cuando se presenta una oportunidad para hacerlo. Tal vez un poco demasiado ruidoso, y tal vez un poco demasiado frecuente, así como si tuviera envidia de su hermano o como quien quiere hacerse propaganda. La Casa Blanca del General está encima de una colina un poco debajo de la Casa Presidencial, y se parece a un castillo. Al pie de este castillo los soldados están haciendo sus ejercicios con equipo completo, a 35 grados de calor, desde hace más de una hora y media. Hay sus razones para que la gente llame a los Nicaragüenses: los Prusianos de Centro América. Sin

embargo, cuando yo menciono eso al General, no recibo el asentimiento que esperaba. El me pasa un libro grueso con cifras y estadísticas y dice: "Tenemos más maestros que soldados; hemos triplicado en los últimos años el largo de nuestras carreteras y en pocos meses terminaremos un hospital con 1000 camas que fue construido por nuestro Gobierno". Su voz tiene un tono fervoroso como la de un colegial. Se puede ver aquí las consecuencias del cambio de gobierno en Washington. La Guardia Nacional y Policía todavía tragan el 15% de los 35 millones de dólares del presupuesto nacional de Nicaragua pero ya no les gusta hablar de la potencia militar que antes era su orgullo, sino más bien ahora se procura borrar la impresión de la dictadura militar y poner énfasis sobre lo democrático. El General me dice: "Los Estados de Europa debían poner fin a su desconfianza en contra de Nicaragua e invertir sus fondos aquí, porque de otra manera no se puede desarrollar nuestra economía y la gente se pondría descontenta, lo cual sólo ayudaría al comunismo". En la cara color café-claro del General se mantiene como fija la risa amable, pero los dedos que están golpeando con leve impaciencia la mesa denuncian un enojo disimulado. Yo estoy citando su propia frase, ésta, que los Somozas están desde hace demasiado tiempo en el poder, y por mi parte, agregó que un cambio posiblemente podría eliminar la desconfianza de los países extranjeros contra el régimen de los Somozas. "Los nicaragüenses no quieren otro Gobierno!" la contestación viene rápidamente, tal vez un poco demasiado rápida. El General mismo se da cuenta de eso y muy apresuradamente agrega: "Además, mi hermano Luis ha dicho que no quiere ser otra vez Presidente". "Y Ud, mi General?" pregunto yo "Yo soy militar y no político", me contesta. La cara todavía tiene la risa amable, complaciente, pero la voz ahora es fría y en sus palabras se puede oír desaprobación o casi indignación y sus ojos café se tornan oscuros y opacos.

Luis Somoza es un hombre inteligente pero un poco suave; su hermano es más duro. El es, en su apariencia y en su modo, el auténtico hijo de su padre.